

# HACIA UNA SOCIOCIBERNÉTICA CRÍTICA

## Introducción

En este capítulo está sintetizada la propuesta de la sociocibernética crítica. Para ello, la he planteado como una manera más de trabajar desde un paradigma constructivista, con una perspectiva de complejidad, en algún punto de convergencia entre la teoría de los sistemas sociales y la teoría crítica, y utilizando en esta ocasión un método geopolítico para ver cómo trabajan sus conceptos en el sistema que nos atañe.

El punto de partida es el constructivismo como paradigma, pues se pretende evitar la tentación positivista que no pocas veces parece impregnar las llamadas ciencias de la complejidad en cuanto a pensar la objetividad y la neutralidad como componentes de la teoría de sistemas. Somos un elemento dentro del sistema social, y reflexionar sobre éste desde adentro puede hacerse de una manera honesta y verificable, sin caer en viejos dogmas científicistas. En todo caso, y siguiendo el estudio histórico que ha realizado Bernard Scott (2006), la teoría general de sistemas, la cibernética y el estudio de los sistemas sociales y de su conducción (sociocibernética) encuentran todos sus orígenes en el pensamiento constructivista de Heinz von Foerster.

Por otra parte, el componente “crítico” de esta propuesta no se refiere a su uso coloquial, sino que busca adscribirse a una tradición teórica que se esbozará brevemente más adelante. Cabe advertir que todavía está en construcción y aún no es claro el rumbo que está tomando. Lo que se busca, por el momento, es ir construyendo una proposición que cuestione el actual funcionamiento de los sistemas sociales y busque ser parte de una transformación favorable para la adaptación y la supervivencia de las sociedades.

## El paradigma constructivista

La noción de paradigma es muy ambigua. En un célebre debate realizado al interior del coloquio de filosofía de la ciencia en Londres en 1965, y posteriormente registrado en un libro editado por Lakatos y Musgrave (1970), Margaret Masterman identificó veintiún distintas acepciones para la noción de paradigma, a lo que Kuhn (1970) respondió en ese mismo debate que un paradigma podría escogerse y que esta elección podría ser una forma de fe. También Kuhn argumentó en ese texto que en su teoría de las revoluciones científicas, la noción de paradigma podría interpretarse correctamente en dos sentidos: por un lado, como un logro o un avance de la ciencia que sirve de base para investigaciones posteriores y, simultáneamente, como un conjunto de valores compartidos (métodos, reglas y generalizaciones) por las personas que se dedican a hacer investigación científica. Lo anterior, por supuesto, no dejó satisfechos a los filósofos de la ciencia; particularmente Lakatos (1970) fue bastante influyente al reducir la noción de paradigma a una elección teórica que tendría que estar plenamente justificada.

Esto llevó a varios autores a identificar, por ejemplo, que el caos (Torres Martínez, 2003), la complejidad (Méndez Morales, 2012), o incluso la socio-cibernética (Marcuello Servós, 2006) podrían ser considerados como un nuevo paradigma. Estos autores han recurrido a Illya Prigogine (1997), quien ha señalado que la no linealidad y el desorden, y no la causalidad y el orden, deberían ser considerados un nuevo paradigma para entender la fuente de las leyes del universo. En este libro, quisiera ir un poco más atrás para argumentar que las ideas de Prigogine, y por lo tanto de los autores mencionados en el párrafo anterior, no sólo pueden ser, sino que deberían verse como parte de un paradigma constructivista.

El constructivismo busca que, en lugar de que las investigaciones partan del polémico supuesto de que la realidad podría existir sin que nadie la presenciara, se comience cualquier esfuerzo por comprender algo aceptando el hecho de que cualquier acontecimiento, para ser conocido, tiene que pasar por las percepciones y las reflexiones de por lo menos un sujeto que comunica lo que va conociendo.

La plena comprensión de la interdependencia existente entre un observador y lo que observa es el objetivo principal del llamado constructivismo radical (Watzlawick, 1994). Algo de lo más desconcertante del paradigma

constructivista es que el conocimiento científico es construido y no descubierto, y que la objetividad, entendida desde un conjunto de valores positivistas, no es posible. Lo anterior, porque aun si fuera cierta la suposición de que la realidad podría existir sin el observador, el significado y el conocimiento de esa realidad es, hasta el momento, una construcción humana (Von Foertser, 1973 [1949]). Esto último, claro, no contradice lo planteado por Prigogine, pero ubica el problema del conocimiento en una interdependencia previa: el caos, el orden, la linealidad y la no linealidad son abstracciones que un sujeto puede o no hacer. También es importante señalar esta precisión porque dentro de las llamadas ciencias de la complejidad a veces podemos notar un tufo positivista cuando algunos miembros de esa comunidad científica realizan sus investigaciones, sin duda rigurosas y complejas, pero corriendo el riesgo de naturalizar los fenómenos o sistemas que estudian. De lo anterior ya nos había alertado Pablo González Casanova (2004) cuando decía que la complejidad, sin una reflexión crítica, se estaba convirtiendo en un instrumento más para la dominación de ciertos grupos hegemónicos, y que a la vez conservaba su potencial emancipador, pero éste sólo podría darse si los investigadores se mantenían haciendo una reflexión ética sistemática sobre su propia labor.

Es menester señalar también que, a diferencia de lo que suelen desperdigar algunos lugares comunes contemporáneos, el constructivismo no es un invento posmoderno, relativista y/o una nueva ola. Surge a partir de las aportaciones de Wittgenstein (2008 [1953]) y con representantes de la llamada filosofía de las matemáticas, como Errett Bishop (1967), quien demostró que los análisis matemáticos tradicionales podrían desarrollarse desde una formulación constructivista por la vía de afirmar que es necesario demostrar matemáticamente la existencia del objeto matemático que se estudia.

El paradigma constructivista plantea, pues, el difícil reto de dar cuenta de uno mismo para poder brindar a nuestras investigaciones una mayor autenticidad sobre los conceptos científicos y los constructos mentales propuestos para explicar nuestras experiencias (por muy elaboradas y ricas que éstas sean); y que, por lo tanto, no hay un solo método científico sino una gran diversidad de métodos útiles para conocer y para aprender. Además, nos obliga a reconocer que para tener conocimiento de cualquier cosa es necesario que alguien más la conozca y, para hacerlo, este utiliza sus mecanismos de percepción sensoriales y lingüísticos, así como sus capacidades y

limitaciones cognitivas, afectivas, comunicativas, educativas, éticas, políticas, culturales y sociales propias del contexto en que se presencia algo. Así, en un paradigma constructivista, también se busca evitar el falaz supuesto de que una persona pueda conocer sólo por sí misma, sin sociedad alguna y sin socializar sus aprendizajes. Es decir, todo conocimiento se socializa y, por lo tanto, además de ser construido por todos los factores individuales de percepción y reflexión, también lo es por los contextos lingüísticos, simbólicos, de poder, ambientales, culturales y sociales dados por el entorno.

Esta construcción no necesariamente quiere decir que la realidad no esté ocurriendo en sí misma, sólo que no podemos saberlo. Es posible que las cosas ocurran aun cuando nadie las observe, pero no hay manera de que esos eventos se reporten sin la presencia de alguien que lo haga. Así, las cosas son como son, pero para poder ser caóticas u ordenadas, simples o complejas, relativamente permanentes y relativamente cambiantes, tiene que haber alguien que lo atestigüe y pueda comunicarlo a alguien más. Conocer cualquier cosa es siempre un acto situado y realizado por un sujeto con ciertas limitaciones. El universo existe pero para conocerlo es necesario el sujeto; el conocimiento está supeditado a las limitaciones del sujeto (Nicol, 1965).

Además, para compartirse, todo conocimiento involucra un proceso comunicativo en el que al menos una persona más tiene que poder asociar algunos de los elementos que se comunican para poder hacer sentido de lo que se conoce y de lo que se comunica. Aun para personas que comparten un mismo contexto, un mismo lenguaje, un mismo código y muy semejantes intereses, encuadres disciplinarios, convergencias epistemológicas, éticas y políticas; aun así, las interacciones comunicativas no están libres de patologías y paradojas. Y en el caso del sistema de medios de comunicación no presencial, como es bien sabido, no sólo median, sino que crean y recrean la realidad con una capacidad de amplificación descomunal.

Para cerrar esta sección, me parece importante retomar lo que se mencionaba más arriba acerca de que Kuhn consideraba que optar entre un paradigma u otro es un acto de fe, y que Lakatos veía en este acto una selección teórica. Siguiendo a González Casanova, cada acto, para aprender algo, es una acción osada, ética y política, que nos confronta no sólo con nuestra propia conciencia de las cosas y de nosotros mismos, sino también con el hecho de que somos conscientes de una mínima parte de la realidad y que, encima de ello, la fragmentamos para poder conocerla; que mucho de lo que hacemos

y decimos responde a dinámicas inconscientes de nosotros mismos y de las comunidades dentro de las cuales buscamos ampliar nuestro conocimiento y nuestra capacidad para conocer. Esto quedará fehacientemente explicado más adelante, cuando veamos que el sistema de medios de comunicación no presencial tiene ciertas dinámicas que podríamos considerar conscientes e inconscientes para sí mismo; y que es en la interacción con otro sistema — en este caso, con un elemento diminuto, casi imperceptible al interior del sistema educativo—, que esas dinámicas que lo mantienen en funciones pueden irse explicando. Escribimos esto con la esperanza de que esta reflexión, aunada a muchas otras, nos permita transformar este sistema en uno menos estúpido y más ético.

## **La teoría de sistemas**

De una manera más o menos paralela a la construcción del paradigma constructivista desde las matemáticas y la física, Ludwig von Bertalanffy (2000 [1956]) desarrolló desde la biología su teoría general de sistemas. Un sistema es, según Ferrater Mora (1979:), “un conjunto de elementos relacionados entre sí funcionalmente, de modo que cada elemento del sistema es función de algún otro elemento, no habiendo ningún elemento aislado”. En la versión de Bertalanffy, un sistema es un conjunto organizado que como totalidad cuenta con propiedades que no resultan aditivamente de sus elementos. Sin embargo, la noción de sistema tiene una larga historia y un recorrido que aquí me parece oportuno recordar.

El uso de la palabra “sistema” parece remontarse hasta Parménides de Elea, posiblemente para complementar o discutir a Heráclito de Éfeso. Al parecer, desde sus orígenes, el término “sistema” se usó para entender que hay una cierta estabilidad y permanencia en las cosas, no sólo cambio. Podría especularse que los estoicos recurrirían a este término para afirmar que en el mundo había y debería haber un orden (en términos de teorías de conjuntos). La permanencia de un orden o sistema explicaría, para ellos, la existencia simultánea de elementos contrarios y efímeros, pero necesarios, para la existencia de un sistema superior, más estable, que los incluyera.

Condillac (1994 [1749]) dilucidó el concepto de sistema como una disposición de las cosas, tal vez relacionado con la polisemia de la palabra “orden”.

Ya inmerso en esta connotación de orden, Kant (2010) usó la noción de sistema como una idea unificadora de las diversas formas del conocimiento y para idear un conocimiento ordenado por principios. Hegel (1807) daría al concepto la idea de las articulaciones —reales y conceptuales— de cada elemento con el todo. Ya en el siglo xx, autores tan distintos como Ferdinand de Saussure (1945 [1913]) y el mismo Bertalanffy (2000 [1956]) aplicaron el concepto de sistema como una herramienta epistemológica para explicar en campos disciplinarios como la lingüística y la biología sus respectivos fenómenos —tanto en términos reales como conceptuales—.

Para considerar un sistema como complejo, éste debe contar con ciertas propiedades (Miramontes, 1999): determinado número de componentes, tener un margen de frustración, referir rupturas de simetría, poseer una criticalidad autoorganizada, poder expresarse fractalmente y generar propiedades emergentes.

Si aplicamos esto a un sistema social como el de medios de comunicación no presencial, éste puede considerarse un sistema complejo porque cuenta con un cierto número de componentes que agruparemos en tres tipos: actores, dispositivos y artefactos. Ni este sistema ni alguno de sus elementos, por poderosos que sean, pueden realizar de manera absoluta e ilimitada sus objetivos (frustración). Esto es porque sus intercambios materiales, energéticos y simbólicos, pueden contar con muchos estados deseables equivalentes, pero no iguales (ruptura de simetría), pues los elementos actúan de una manera estable pero lejos del punto de equilibrio, donde eventos pequeños pueden tener consecuencias catastróficas (criticalidad autoorganizada). Además, constataremos que el sistema —conforme nos vayamos acercando a sus elementos, a sus interacciones o a sus bordes—, presenta estructuras discernibles en cualquier escala espacial (fractalidad), y genera propiedades que no pueden deducirse de sus componentes, sino de procesos paralelos del sistema mismo (emergencia).

El sistema de medios de comunicación no presencial no es sólo un sistema complejo (pues participa, como veremos a lo largo de los próximos capítulos, de cada una de las características anteriores) sino que, además, tiene propiedades de los sistemas abiertos que, según Maturana y Varela (1996) y Luhmann (1996), cuentan con una clausura operativa, con mecanismos de acoplamiento estructural en interacción con otros sistemas y llevan a cabo procesos autopoieticos. Es decir, por un lado, el sistema mediático y sus elementos

son claramente individualizables, diferenciables, relativamente autónomos y no pueden operar fuera de sus propios límites (clausura operativa); pero de manera simultánea, y como lo veremos en los próximos capítulos, están en constante interacción con su entorno, tanto que, visto a detalle, los bordes de los sistemas pueden hacerse difusos.

Además, el entorno puede afectar a la organización mediante “irritaciones” reelaboradas internamente y, a la vez, estas “irritaciones” pueden ser construcciones internas de cada elemento; sin embargo, éstas no existen en el entorno del sistema sino sólo en la interacción y se les puede considerar paradójicamente como autoirritaciones pero, al mismo tiempo sólo surgen a partir de eventos del entorno (acoplamiento estructural), como se ejemplificará con el caso del acoplamiento estructural del sistema en cuestión con el de telecomunicaciones y el de la energía.

Adicionalmente, los elementos del sistema —actores, dispositivos y artefactos— pueden ser considerados autopoieticos porque individualizan un modo específico de operar dentro del sistema; es decir, cada elemento, y aun más, cada corporación, cada empresa y cada unidad al interior de las organizaciones mediáticas son únicos en su forma de operar, de interactuar con el sistema y de cómo construyen, deconstruyen y reconstruyen su entorno.

El sistema de medios de comunicación no presencial y sus elementos que estudiaremos en este libro cumplen también con las propiedades de los sistemas adaptativos (Geyer, 1995). Estas propiedades son: autoconducción, autoorganización, autoobservación, autocatálisis, autorreferenciación y autopoiesis. Es decir, tanto el sistema como sus elementos tienen la capacidad de planear y dirigirse hacia lo planeado y son capaces de recolectar información y reflexionar sobre ellos mismos y su funcionamiento, lo que a su vez estimula que cada elemento y el sistema en sí se hagan más complejos a lo largo del tiempo. Además, la organización funciona como una red de procesos interrelacionados que produce sus propios componentes y, a la vez, la interacción de sus componentes promueve la red de procesos que conforman el sistema y cada uno de sus elementos (autopoiesis).

## **Algunas aclaraciones sobre las perspectivas de complejidad**

La complejidad, nos dice Morin, se impone cuando nos encontramos con algo que es imposible de simplificar; “ella surge allí donde se pierden las distinciones y claridades en las identidades y las causalidades, allí donde los desórdenes y las incertidumbres perturban los fenómenos, allí donde el sujeto observador sorprende su propio rostro en el objeto de observación, allí donde las antinomias hacen divagar el curso del razonamiento” (Morin, 1988: 377). Según John Earls (2012), la característica principal de los sistemas complejos es que tienen propiedades que emergen de la interacción de sus partes, pero son independientes de ellas. Para Rolando García, la complejidad implica una representación de una totalidad organizada, cuyos elementos no pueden ser estudiados separadamente (García, 2006). Más específicamente, González Casanova (2004) identificó que en la interacción entre los elementos de un sistema hay una característica clave: la interdefinibilidad.

Lo anterior no quiere decir que haya una sola manera de trabajar dentro de lo que algunos llaman el paradigma de la complejidad. Díaz Mata (2012) identificó que hay al menos tres perspectivas: desde las ciencias “duras”; la complejidad como universalidad; y desde las ciencias sociales. Es importante subrayar que Díaz Mata señala que no parece haber diálogo relevante entre estas perspectivas. Desde las ciencias de la complejidad, nos sigue diciendo Díaz Mata, se privilegian los estudios basados en las matemáticas y que buscan la modelación computacional de fenómenos con múltiples variables. Cabe señalar también que este tipo de trabajos se consideran como una especie de evolución o mejora del método científico, y buscan abstraer fragmentos de la realidad física, biológica, social y antropológica además de que con sus descripciones, más detalladas y precisas, puedan hacerse algunas inferencias que nos ayuden a ofrecer productos que resuelvan asuntos concretos. Este tipo de investigación se ha ido fortaleciendo en instituciones como la UNAM, en su Centro de Ciencias de la Complejidad, cuyos avances y resultados demuestran que cuentan con el notable valor de hacer una investigación rigurosa y confiable y, en muy contadas ocasiones, constructivista.

Entendiendo la complejidad como una universalidad, Morin, Capra y otros han intentado ahondar principalmente en el sujeto que conoce y sus prácticas para conocer el mundo. La complejidad sólo podrá construirse si

el sujeto cognoscente transforma su manera de conocer y, para ello, primero debe comprender cómo lo hace; comprender que la complejidad no es todavía una forma de trabajar sino la delineación de un reto, en donde se busca incorporar lo no racionalizable al entendimiento del mundo y se busca articular el conocimiento de las cosas desde sus distintas “realidades” físicas, biológicas, sociales y culturales. Esta perspectiva cuenta con un gran potencial creativo y, al ahondar en el ojo del observador, podría desembocar no sólo en la transformación de los objetos de estudio sino sobre todo en la manera de trabajar, investigar y actuar de los equipos de investigación, pero que tienen problemas con la verificabilidad y la validez interna y externa.

En la tercera vertiente, la complejidad en las ciencias sociales, podemos identificar otras dos grandes perspectivas: por un lado, a quienes han buscado trabajar con la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann, y por el otro, a quienes han privilegiado como base la epistemología genética de Jean Piaget. Para el primer caso, Luhmann ha servido como fundamento para una escuela sociológica especializada, que cuenta con herramientas conceptuales y metodológicas muy sólidas para la investigación social teórica y aplicada, pero que puede caer en excesos esotéricos sobre la correcta comprensión de su extensa terminología.

Por otra parte, siguiendo la ruta de la epistemología genética, autores como Rolando García han buscado no sólo el análisis de objetos y sujetos de estudio, sino la redefinición de nuevos “complejos” teóricos y empíricos. En esos complejos, sujetos y objetos sociales participan de una manera más o menos consciente en procesos, mecanismos y reorganizaciones sucesivas. Estos procesos se sistematizan por medio de proyectos integrados en donde las comunidades emergentes tendrían que coordinar sus actividades de aprendizaje, acción y evaluación. Este tipo de trabajos han visto en el CEIICH de la UNAM un espacio para su cultivo, en donde varios investigadores han venido desarrollando un método que busca acercar la investigación interdisciplinaria en ciencias sociales a la modelación de las ciencias de la complejidad, poniendo especial énfasis en métodos heurísticos basados en la epistemología genética de Jean Piaget y Rolando García.

## Acerca de la sociocibernética

Dentro de la perspectiva de las ciencias sociales, hay un espacio de encuentro: la sociocibernética. Este término es un neologismo acuñado por Felix Geyer (1995) y su editor Hans van der Sluijs en 1978 (1991). La palabra fusiona dos elementos etimológicos: *societatis* y *kybernetes*. Ambas nociones son complejas: la primera remite a lo social; la segunda, al espíritu de la cibernética, que ilustra por un lado la conducción de quien está a cargo del timón de un barco y que no puede controlar toda la complejidad de factores que influyen en su conducción, pero puede llevarlo a buen puerto; y por otro, se refiere a un concepto de larga tradición filosófica: el sistema. Hornung (2006) ha explicado que la ambigüedad del término lo ha llevado a moverse entre dos expresiones: por una parte, como una ciencia de los sistemas en sociología y, por otra, como la ciencia de los sistemas en las ciencias sociales (como si “ciencia de los sistemas” fuera una noción menos ambigua que “ciencias sociales”).

Para tratar de seguir una pista, en este texto se busca tener como mira evitar el reduccionismo y la reificación en el estudio de las realidades sociales (Lee y Newby, 1983). Como se abundará posteriormente, la reificación es “el proceso mental de hacer parecer algo como fijo o como un objeto, cuando es en realidad un producto de algún tipo de relación social” (How, 2003: 63). Para ello, la sociocibernética ha trabajado con distintas vertientes de la teoría de sistemas, desde un paradigma constructivista y fundado en el pensamiento complejo.

La sociocibernética ha devenido también en un área de encuentro interdisciplinario al interior del Comité de Investigación 51 de la Asociación Internacional de Sociología. Marcuello señala que existen al menos tres elementos convergentes en el grupo de personas que han venido conformando y transformando este comité de investigación desde su primera conferencia internacional en 1999: la pluralidad interdisciplinaria, la insatisfacción con el modelo científico contemporáneo dominante y la necesidad de un nuevo paradigma, a saber, “que percibe la necesidad de otro modo de hacer ciencia que atienda la complejidad creciente de los sistemas sociales y haga de la complejidad un asunto con el que trabajar” (Marcuello, 2006: 11).

Dicho lo anterior, podemos identificar al menos tres problemáticas epistemológicas dentro de la sociocibernética. Hornung (2006) ha explicado que

hay tres enfoques predominantes en ella: uno es el “problema-funcionalista”,<sup>1</sup> otro estructuralista, y el otro enfocado a la orientación. El primero permite una estructuración clara, la utilización de modelos y se enfoca en la resolución de problemas prácticos, además de que busca elaborar estrategias de desarrollo para varios niveles y está muy cerca de la perspectiva de las ciencias de la complejidad de la que hablamos brevemente antes. El segundo sirve para determinar estructuras jerárquicas y funcionales con que se describan los sistemas y subsistemas, al igual que sus interfaces, como los trabajos que siguen el pensamiento de Luhmann. El tercero, propuesto por Hornung, busca partir de los principios de preservación y adaptación que tiene cualquier sistema, localizando ciertas necesidades que ayuden a identificar “orientadores” para la acción de los sistemas.

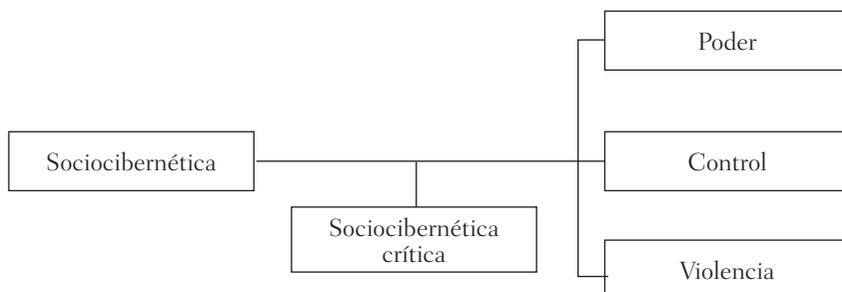
De esta manera, Hornung sugiere que los orientadores se clasifiquen en siete: las necesidades físicas, de información (psicológicas en el caso de los sistemas humanos), de seguridad, de libertad de acción, de adaptabilidad y de eficiencia; los cuales, a su vez, se deben analizar en seis niveles cada uno: cultural, social, psicológico, biológico, químico y físico.

## **Hacia una sociocibernética crítica**

En este trabajo, añado que —para no sólo categorizar como lo hace Hornung, sino en aras de ir esbozando la complejidad de un sistema como el de medios de comunicación no presencial— es conveniente ir comprendiendo el funcionamiento de este sistema como un fenómeno no lineal, con propiedades emergentes, que cuenta con interacciones, interdefiniciones, acoplamientos y retroalimentaciones entre sus propios elementos y con otros elementos de otros sistemas sociales y ambientales. Además, hay que tener en mente que el funcionamiento de estos sistemas, elementos y actores interactuantes no tiene respuestas estructurales a los acontecimientos, sino que responde a intereses y decisiones que, a su vez, pueden ser acertadas o equivocadas en sus propios términos y conllevan un grado de incertidumbre, de riesgo y de adaptación.

<sup>1</sup> El concepto, proveniente del alemán, fue traducido así en el volumen de Hornung (2006). Significa la capacidad de resolución del problema dentro de un sistema [nota del editor].

## ELEMENTOS PARA UNA SOCIOCIBERNÉTICA CRÍTICA



Aunado a lo anterior, he venido trabajando con esta perspectiva y el reto adicional de estudiar los sistemas sin naturalizarlos, esto es, manteniendo una postura constructivista y crítica sobre su funcionamiento y buscando plantear algunas nociones problemáticas para el estudio de las dimensiones éticas y políticas en la conducción de sistemas sociales.

Desde luego, no sólo hay una corriente dentro de ese espacio ambiguo que conocemos como “teoría crítica”. Sin embargo, ya se acerca a su primer siglo desde que la primera Escuela de Frankfurt sentara sus bases en el Instituto de Investigación Social en la universidad de esa ciudad. Tampoco es que los trabajos de autores tan distintos como Adorno, Horkheimer, Marcuse, Habermas, Lyotard, Baudrillard o Žižek estén libres de algunos excesos, contradicciones u obsolescencias. También este siglo de pensamiento crítico ha visto surgir y morir diversas vertientes relacionadas con el marxismo y el psicoanálisis, así como las corrientes al interior de la teoría feminista se han fortalecido y diversificado, y el pensamiento decolonial ha surgido con fuerza para cuestionar los esquemas hegemónicos de los hombres blancos y europeos. Latinoamérica cuenta ya con una fuerte tradición de pensadores, hombres y mujeres, que están construyendo alternativas teóricas a las doctrinas hegemónicas.

El componente “crítico” de esta sociocibernética lo aporta la búsqueda de un mejor entendimiento sobre el poder y las dinámicas que lo producen y reproducen, sus aparatos de expansión, acumulación y despojo, así como los mecanismos psíquicos que promueven formas de dominación y subordinación “voluntaria”. Asimismo, se busca problematizar las transferencias de poder que ocurren al interior de los sistemas sociales, en lugar de pensar esas dinámicas como procesos “naturales”. Para ello, todavía es pertinente

estudiar cómo trabajan conceptos como enajenación, reificación, fetichismo de las mercancías y otros que buscan nombrar y explicar algunos de los procesos que mantienen el funcionamiento ideológico en beneficio de ciertos actores hegemónicos en distintos niveles y situaciones.

## **Métodos geopolíticos**

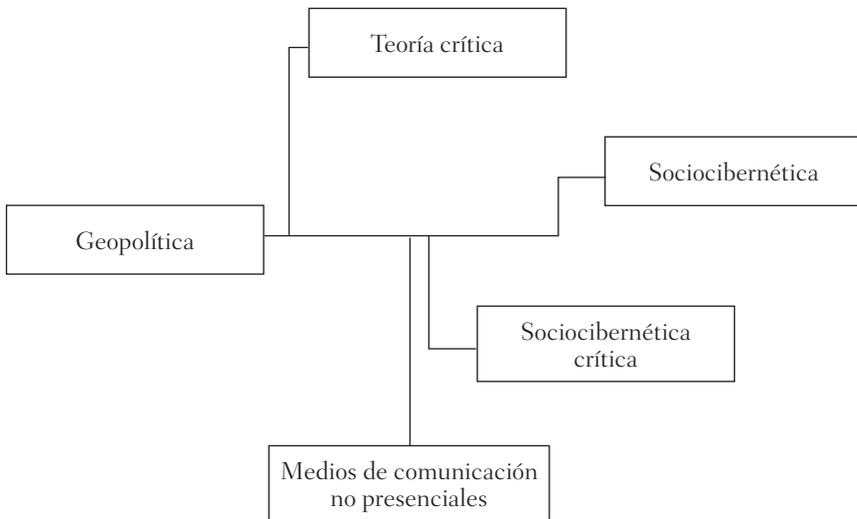
La geopolítica puede ser entendida como el conjunto de métodos que se usan para estudiar los efectos de la geografía en la política, generalmente internacional, sobre las relaciones existentes entre el poder político y el espacio geográfico o (como en la perspectiva de este ensayo) sobre cómo los grupos de poder controlan un espacio geográfico, en términos territoriales y poblacionales. Asimismo, ha servido como una herramienta interdisciplinaria para explicar acontecimientos históricos, fenómenos ideológicos tanto políticos como religiosos, procesos de apropiación y despojo, disputas, guerras y negociaciones diplomáticas (Dodds y Atkinson, 2000).

Existe una tradición centenaria sobre este tipo de estudios y según su lugar de origen es que se habla de la tradición alemana, británica, estadounidense, rusa o francesa, entre otras. En la tradición anglosajona —la que nos afecta directamente en Norteamérica— sobresalen la escuela de Makinder y su teoría del corazón territorial y el área pivote, Spykman y sus estudios sobre la importancia del control de los bordes y la periferia, y más recientemente los trabajos ideológicos, pero no menos influyentes, de Huntington y Brzezinski sobre el choque de civilizaciones y el tablero de ajedrez global.

Como lo muestran los trabajos de estos dos últimos autores —al igual que los de otros contemporáneos a nivel global como Moisi (2009), Chauprade, Dugin o Jalife-Rahme (2007) en nuestro país—, un grave riesgo de los estudios internacionales y, por lo tanto, una gran limitación de los métodos geopolíticos es estereotipar poblaciones enteras a partir de las acciones de sus gobiernos en el escenario de la política internacional. Basar un análisis en estereotipos raciales o nacionales en donde se juzga, a veces de manera forzada, a los personajes de un gobierno con base en las acciones y discursos de su política internacional puede sesgar una reflexión que busque ser académica. Sin embargo, si resistimos la tentación de estereotipar poblaciones, sí podemos ver que las élites de cualquier territorio se enfrentan a problemas

relacionados con el mantenimiento del poder y el control de esos lugares y las poblaciones que allí viven. Esas élites operan en distintos sistemas sociales: el político, el económico, el financiero, el cultural y, desde luego, en el sistema de medios de comunicación no presencial. Esta propuesta busca explorar cómo trabajan los conceptos utilizados por la sociocibernética (mencionados a lo largo de este capítulo), para explicar la manera en que las élites contemporáneas globales podrían estar enfrentando y resolviendo los problemas relacionados con la conducción de poblaciones para el mantenimiento del control de los territorios y asegurarse así la apropiación de los recursos que un espacio geográfico produce, y en donde los medios masivos de comunicación juegan un papel clave.

#### MAPA TEÓRICO DE LA PROPUESTA



El sistema de medios masivos de comunicación, nos explica Luhmann (2000), es un sistema complejo, abierto y adaptativo que funciona a través de tres campos programáticos, a los que he cambiado de nombre buscando dar una mayor profundidad a las categorías; además, le he añadido un cuarto campo que no pudo conocer Luhmann: 1) lo que acontece, 2) lo que vende, 3) lo que entretiene y 4) lo que conecta. Lo anterior quiere decir que me interesa comprender el funcionamiento del sistema de medios de comunicación no presencial en su actividad de resolver problemas de control poblacional

y territorial con el fin de legitimarse y reproducirse para asegurar y expandir su permanencia y hegemonía y que, para hacerlo, recurre a sus cuatro campos programáticos que tendrían que ser entendidos desde esta perspectiva como complementarios para este fin. Los múltiples actores que operan dentro de este sistema utilizan uno o varios campos programáticos y, a pesar de sus tensiones y contradicciones, ellos cooperan para la reproducción y la expansión del sistema que los retroalimenta. Además, como se explicó al principio, este sistema y sus actores se encuentran acoplados estructuralmente a otros sistemas para su funcionamiento.

Dominique Moïsi (2009) ha propuesto que para entender mejor el mundo actual es necesario comprender las emociones de la población, dado que éstas juegan un papel fundamental en la construcción de las identidades colectivas. Yo estoy parcialmente de acuerdo con Moïsi en lo que respecta a la importancia que juegan las emociones en la construcción de las identidades y en su interacción (Barrón Pastor, 2011). Sin embargo, inferir estereotipos para grandes regiones tan diversas como Latinoamérica, Asia o África parece francamente excesivo. En aquella investigación explico que las identidades culturales y las relaciones interculturales son esencialmente violentas porque todo acto de adscripción y pertenencia a un grupo implica necesariamente estereotipar a los otros. La manera en que hacemos sentido de nuestros mecanismos de pertenencia y exclusión implica procesos cognitivos/afectivos/activos, y no procesos de racionalidad/irracionalidad como se planteó en la teoría sociológica de tradición weberiana.

Para los efectos de este capítulo, lo anterior querría decir que muy posiblemente las emociones juegan un papel clave para comprender no sólo a la población que las élites buscan conducir en su afán para controlar los territorios y aumentar así su influencia en los espacios geográficos y simbólicos conforme a sus intereses de mantenimiento y expansión de poder, sino también el funcionamiento de los actores y dispositivos en sí, que no consideraremos entes racionales/irracionales, sino cognitivos/afectivos/activos.

## **Violencia sistémica**

La violencia es uno de los temas que más preocupan en la actualidad. Tal vez sea, en parte, porque se tiene la percepción de que se está incrementando

rápidamente y de manera alarmante en amplios espacios en donde al menos creíamos que había una cierta convivencia pacífica. Al parecer, por ejemplo, en México desde 2006 se han hecho evidentes múltiples formas de violencia, que incluyen feminicidios, desapariciones, secuestros, genocidios, asesinatos y otras atrocidades que no veíamos al menos en la década anterior. Hay que admitir también la posibilidad de que ahora se están visibilizando formas de violencia que antes no nos parecían tan graves, o que pensábamos aisladas o “normales”, como los posibles feminicidios disfrazados de crímenes pasionales, o las represiones políticas —pensemos en 696 militantes del Partido de la Revolución Democrática (PRD) asesinados principalmente entre 1988 y 1997 (Muñoz, 2007); o anteriormente, en los crímenes desatados en este país durante los años de la llamada “guerra sucia” (Montemayor, 1991)—. Así que existe, en parte, la posibilidad de que los dispositivos mediáticos dieran un giro en su atención a los temas de la violencia y pasaran, de intentar ocultarlos, a tratar de amplificarlos. Aquí exploraremos esta ruta: ¿por qué podría haberse dado ese giro en el trato mediático que se da a la violencia? Para ello, no seguiremos la pista de la teoría conspiracionista de Naomi Klein (2007) sobre un posible grupo que conduce siniestramente una doctrina hegemónica del *shock*, sino que pretendemos entender cómo se podría estar dando este fenómeno de manera sistémica aunque, desde luego, son claros los beneficiarios de que la sociedad contemporánea esté expuesta a formas de violencia mediatizada cada vez más explícitas.

Antes de entrar de lleno en esta materia, quiero también aclarar que ya he revisado el tema de la violencia (Barrón Pastor, 2011), y formulado una propuesta para estudiarla desde una perspectiva de sistemas complejos (Barrón Pastor, 2012). Esto representa al menos dos retos en este texto: por un lado, no repetir demasiado, y por el otro, tampoco pretendo ofrecer una revisión de literatura sobre un tema que ha sido particularmente prolífico en la última década en nuestro país. Lo que he argumentado con anterioridad y que pretendo continuar mostrando aquí, es que estudiar la violencia como un proceso lineal (agente-acto-víctima) no nos permite comprender a cabalidad el fenómeno y, por lo tanto, tampoco nos conduce a su desmantelamiento. También he planteado que incrementar la violencia en un sistema vía violencias focalizadas justificadas en contra de los potenciales agentes, la militarización de los espacios y la problematización de las víctimas no ayudan a disminuir la violencia, sino que incluso podrían incrementarla. Además, he buscado

trabajar una conceptualización con la que podamos estudiar la violencia como una forma de interacción que puede o no darse entre sistemas sociales complejos y adaptativos, es decir, que pueden reflexionar sobre sí mismos y sobre su entorno, y cambiar su conducta con base en el procesamiento de dicha información. Para ello, no sólo caracterizaremos la violencia como visible o invisible, física y estructural, sino que la he considerado como

un sistema interconectado de factores biológicos, culturales, ideológicos, sociales, emocionales, simbólicos, económicos y políticos. Esta violencia no es ajena ni externa a los individuos ni a las instituciones sociales, sino que está imbuida en cada aspecto del sistema y está, por lo tanto, interconectada y expresada desde dentro de los individuos, las organizaciones y las instituciones sociales (Barrón Pastor, 2012: 111).

Para estudiar la producción y reproducción de esta forma de interacción que es, a la vez, un sistema complejo incrustado en la operación de los sistemas sociales, he seguido el argumento de Slavoj Žižek (2008) según el cual la violencia se reproduce en tres niveles: a través de eventos de violencia —violencia situacional (Zimbardo, 2007)—; de discursos y símbolos —violencia simbólica (Bourdieu, 1991)—; y a través de los mecanismos “normales” de opresión, explotación, enajenación y/o despojo —violencia sistémica (Žižek, 2004; 2008)—. Como lo señala Žižek (2008), la violencia sistémica es la más difícil de estudiar porque es la más sutil. Esto parece cierto porque proliferan estudios sobre situaciones de violencia, y también es común encontrarlos sobre contenidos mediáticos que muestran formas de violencia simbólica en discursos, narrativas o representaciones. En este libro busco ejemplificar cómo el funcionamiento sistémico de un sistema como el de medios de comunicación no presencial puede ser esencialmente violento.

## Conclusión

En este capítulo se ha detallado en qué consiste el paradigma constructivista y por qué es indispensable partir de allí para que la teoría de sistemas trabaje bien y evitar, de ese modo, tentaciones positivistas por un lado, o relativistas en el otro extremo. También se han desarrollado las características del sistema de medios de comunicación no presencial para poder determinar, de entrada,

que estamos ante una cuestión en la que aplican todos los elementos que debe tener un sistema abierto, complejo y adaptativo. Además, de esta manera se ha buscado clarificar los conceptos que se usarán conforme se vayan argumentando esos atributos en este caso de estudio.

También en este capítulo se han mostrado las peculiaridades de distintos enfoques de complejidad en el estudio de los sistemas sociales, haciendo hincapié en la perspectiva teórica con la que se trabaja al interior del Comité de Investigación en Sociocibernética de la Asociación Internacional de Sociología. Finalmente, se ha mostrado en qué consistiría la propuesta de sociocibernética crítica para sentar las bases de producción de un trabajo de largo aliento que pueda compaginar epistemológica y metodológicamente el estudio de los sistemas sociales sin naturalizarlos, sino comprendiendo las relaciones de poder y sus desbalances como un problema ético y político, que hemos de ir entendiendo para lograr hacer transformaciones a partir de las cuales se reduzca la violencia.